

Vanina no parecía por Romana; Missirilli se creyó olvidado. Su vanidad se ofendió; comenzaba a pensar mucho en la diferencia de rango que le separaba de su querida. En un momento de enternecimiento y de pesar por la felicidad pasada, tuvo la idea de volver a Roma a ver lo que hacía Vanina. Esta locura iba a arrancarle de lo que él creía ser su deber, cuando una noche la campana de una iglesia de la montaña tocó el *Angelus* de una manera extraña, y como si el campanero padeciese una distracción. Era una señal de reunión para la *venta* de carbonarios a la que Missirilli se había afiliado al llegar a Romana. La misma noche, todos se encontraron en cierta ermita del bosque. Los dos ermitaños, adormecidos por el opio, no advirtieron en absoluto el uso que se hacía de la ermita. Missirilli, que acudía muy triste, se enteró allí de que el jefe de la *venta* había sido detenido, y de que él, que apenas contaba veinte años, iba a ser elegido jefe de una *venta* que contaba con hombres de más de cincuenta años, y que estaban en las conspiraciones desde la expedición de Murat en 1815. Al recibir este honor inesperado, Pietro sintió que su corazón latía apresuradamente. En cuanto quedó solo, resolvió no pensar más en la joven romana que le había olvidado, y consagrar todos sus pensamientos al deber de *librar a Italia de los bárbaros*<sup>1</sup>.

Dos días después, Missirilli vio en el parte de llegadas y salidas que como jefe de la *venta* le dirigían, que la princesa Vanina acababa de llegar a su castillo de San Nicolo. La lectura de este nombre turbó su alma en vez de alegrarla. En vano fué que creyera asegurar

<sup>1</sup> *Liberar l'Italia de' barbari*, son las palabras de Petrarca en 1350, repetidas después por Julio II, por Maquiavelo y por el conde Alfieri.

su fidelidad a la patria tomando la resolución de no volar la misma noche al castillo de San Nicolo; el recuerdo de Vanina, a quien abandonaba, le impidió cumplir sus deberes de una manera razonable.

La vio al siguiente día; Vanina le amaba como en Roma. Su padre, que quería casarla, había retrasado su partida. Traía consigo dos mil cequíes. Este socorro imprevisto sirvió maravillosamente para acreditar a Missirilli en su nueva dignidad. Se hicieron fabricar puñales en Corfú; ganaron al secretario íntimo del legado, encargado de perseguir a los carbonarios; obtuvieron también la lista de los curas que servían de espías al Gobierno.

En esta época fué cuando acabó de organizarse una de las conspiraciones menos irrazonables que se han intentado en la desgraciada Italia. No entraré en detalles que no hacen al caso. Me contentaré con decir que si la empresa hubiese sido coronada por el triunfo, Missirilli hubiera podido reclamar una buena parte de la gloria. Por medio de él, muchos miles de sublevados se hubieran levantado a una cierta señal, y hubieran esperado sobre las armas la llegada de los jefes superiores. El momento decisivo se acercaba, cuando, como siempre sucede, la conspiración fué paralizada por el arresto de los jefes.

Apenas llegada a Romana, Vanina creyó notar que el amor de la patria haría olvidar a su amante cualquiera otro amor. La soberbia de la joven romana se irritó. En vano trató de razonar; una negra desazón se apoderó de ella: a veces se sorprendía maldiciendo a la libertad.

Un día que había venido a Forli para ver a Missirilli, no fué dueña de su dolor, que su orgullo había sabido hasta entonces dominar siempre, y le dijo:

— En verdad, me amáis como un marido; y eso no entra en mi cuenta.

Pronto corrieron sus lágrimas; pero fué de vergüenza por haberse rebajado hasta los reproches. Missirilli respondió a esas lágrimas como hombre preocupado. De repente Vanina tuvo la idea de abandonarle y de volver a Roma. Encontraba un placer cruel en castigarse por la debilidad que acababa de hacerle hablar. Al cabo de unos instantes de silencio, su decisión estaba tomada; se hubiera creído indigna de Missirilli si no le hubiese abandonado. Gozaba de su dolorosa sorpresa cuando él la buscara nuevamente al lado suyo. Pronto la idea de no haber podido obtener el amor del hombre por quien ella había cometido tantas locuras, la enterneció profundamente. Entonces rompió el silencio, e hizo todo lo posible por arrancarle una palabra de amor. Pietro le dijo con aire distraído cosas tiernísimas; pero con un acento bastante más profundo, al hablar de sus empresas políticas, exclamó dolorosamente:

— ¡Ah!, si este intento no resulta, si también el Gobierno lo descubre, abandono la partida.

Vanina se quedó inmóvil. Desde hacía una hora creía que veía a su amante por última vez; pero la frase que pronunciaba arrojó una luz fatal sobre su espíritu, y dijo para sí:

— Los carbonarios han recibido de mí muchos miles de cequíes, y no se puede dudar de mi afecto a la conspiración.

Vanina no salió de su meditación más que para decir a Pietro:

— ¿Queréis venir a pasar veinticuatro horas conmigo al castillo de San Nicolo? Vuestra asamblea de esta noche no tiene necesidad de tu presencia. Mañana temprano, en San Nicolo, podremos pasearnos; eso calmará tu agitación y te dará toda la sangre fría de que tienes necesidad en estos difíciles momentos.

Pietro consintió en ello.

Vanina le dejó para hacer los preparativos del viaje, cerrando con llave, como de costumbre, el cuartito en que le había escondido.

Corrió a casa de una de sus doncellas, que había abandonado su servicio para casarse y poner una tienda en Forli. Cuando llegó a casa de esta mujer escribió de prisa, en el margen de un devocionario que encontró en su cuarto, la indicación exacta del lugar en que la *venta* de los carbonarios debía reunirse aquella misma noche. Terminó su denuncia con estas palabras: «Esta *venta* está compuesta de diez y nueve miembros; he aquí sus nombres y direcciones.» Después de haber escrito esta lista, muy exacta, salvo que el nombre de Missirilli no constaba en ella, dijo a la mujer, de quien estaba segura:

— Lleva este libro al cardenal legado; que lea lo que está escrito y que te devuelva el libro. Aquí tienes diez cequíes; si el legado llega a pronunciar tu nombre, date por muerta; pero si haces leer al legado la página que acabo de escribir, me salvas la vida.

Todo pasó admirablemente. El miedo del legado hizo que no se condujera en gran señor. Permitió a la mujer del pueblo que pedía hablarle, que pareciese ante él enmascarada; pero con la condición de que tendría las manos atadas. En este estado, la tendera fué introducida ante el gran personaje, a quien encontró atrinchado detrás de una mesa inmensa, cubierta de un paño verde.

El legado leyó la página del devocionario, poniéndolo muy lejos de sí por temor a un sutil veneno. Lo devolvió a la tendera y no la hizo seguir. Aun no hacía cuarenta minutos que había dejado a su amante, cuando Vanina, que había visto volver a su antigua doncella, reapareció ante Missirilli, creyendo que desde este

momento Pietro le pertenecía por completo. Le dijo que había un movimiento extraordinario en el pueblo; se veían patrullas de carabineros en calles a las que nunca solían acudir.

—Si me quieres hacer caso—añadió—, saldremos al instante para San Nicolo.

Missirilli accedió. Fueron a pie al coche de la joven princesa, en el que su dama de compañía, confidenta discreta y bien pagada, la esperaba a media legua del pueblo.

Cuando llegaron al castillo de San Nicolo, Vanina, turbada por el extraño paso que había dado, aumentó las demostraciones de ternura hacia su amante. Pero al hablarle de amor, le parecía que representaba una farsa. La víspera, al traicionar, había olvidado los remordimientos.

Mientras estrechaba a su amante entre sus brazos, se decía:

—Con una palabra que le dijese, me tomaría horror para siempre.

En medio de la noche, uno de los criados de Vanina entró bruscamente en su cuarto. Este hombre era carbonario sin que ella lo sospechase. Missirilli tenía, pues, secretos para ella aun en estos detalles. Vanina se estremeció. Este hombre venía a advertir a Missirilli de que, durante la noche, habían sido cercadas, en Forli, las casas de los diez y nueve carbonarios, siendo éstos arrestados en el momento de volver de la *venta*. Aunque cogidos de imprevisto, se habían escapado nueve. Los carabineros habían podido conducir diez de ellos a la prisión de la ciudadela. Al entrar, uno de los carbonarios se había arrojado al pozo, que era muy profundo, y se había matado.

Vanina se desconcertó; afortunadamente, Pietro no lo observó, pues hubiera podido leer su crimen en sus ojos.

— En este momento — añadió el criado — la guarnición de Forli forma una fila en todas las calles. Cada soldado está lo bastante cerca de su compañero para poder hablarle. Los habitantes no pueden pasar de uno a otro lado de la calle, sino en donde haya un oficial colocado.

Después de la salida de este hombre, Pietro quedó pensativo sólo un instante.

— No hay nada que hacer por el momento — dijo al fin.

Vanina desfallecía; temblaba bajo las miradas de su amante.

—¿Qué os pasa de extraordinario?—le dijo Pietro.

Después pensó en otra cosa, y dejó de mirarla. Hacia la mitad del día, Vanina se atrevió a decirle:

—Una *venta* más descubierta; me parece que vais a estar tranquilo por algún tiempo.

—*Muy tranquilo*—respondió Missirilli, con una sonrisa que la hizo temblar.

Vanina fué a hacer una visita indispensable al cura del pueblo de San Nicolo, quizás espía de los jesuitas. Al volver a las siete para comer, encontró desierto el cuartito en que su amante estaba escondido. Fuera de sí, corrió a buscarle por toda la casa; pero no estaba. Desesperada volvió al cuartito, y sólo entonces vió una carta. Vanina leyó:

«Voy a constituirme prisionero del legado; desespero de nuestra causa; el cielo está contra nosotros. ¿Quién nos ha traicionado? Al parecer, el miserable que se ha arrojado al pozo. Puesto que mi vida es inútil para la pobre Italia, no quiero que mis compañeros, viendo que yo soy el único que no está arrestado, puedan figurarse que les he vendido. Adiós; si me amáis, pensad en vengarme. Perded, aniquilad al infame que nos ha traicionado, aunque fuese mi padre.»

Vanina cayó sobre una silla, medio desvanecida y sumida en la más atroz aflicción. No podía proferir palabra alguna; sus ojos estaban secos y ardientes.

Al fin cayó de rodillas.

— ¡Dios mío! — exclamó—. Recibid mi voto. Sí; yo castigaré al infame que le ha traicionado; pero antes es preciso devolver la libertad a Pietro.

Una hora después estaba de camino para Roma. Desde hacía mucho tiempo, su padre la apremiaba a venir. Durante su ausencia había arreglado su matrimonio con el príncipe Livio Savelli. Apenas llegó Vanina, su padre le habló, temblando, de ello. Con gran sorpresa suya, Vanina consintió desde la primera palabra.

La misma noche, en casa de la condesa Vitteleschi, su padre le presentó casi oficialmente a don Livio; Vanina habló mucho con él de Roma. Era el joven más elegante y que tenía los más hermosos caballos; pero aunque se le reconocía mucho ingenio, su carácter pasaba hasta tal punto por frívolo, que en ninguna manera era sospechoso al Gobierno. Vanina pensó que, haciéndole primero perder la cabeza, haría de él un agente cómodo. Como era sobrino de monseñor Savelli-Cattanzara, gobernador de Roma y ministro de Policía, suponía que los espías no osarían seguirle.

Después de haber tratado muy bien, durante algunos días, al amable don Livio, Vanina le anunció que nunca sería su esposa; tenía, según ella, la cabeza demasiado ligera.

— Si no fueseis un niño — le decía —, los dependientes de vuestro tío no tendrían secretos para vos. Por ejemplo: ¿qué piensan hacer con los carbonarios últimamente descubiertos en Forli?

Don Livio vino a decirle, dos días después, que todos los carbonarios cogidos en Forli se habían escapado. Vanina fijó en él sus grandes ojos negros con la sonrisa

amarga del más profundo desprecio, y no se dignó hablarle en toda la noche. Dos días después, don Livio vino a confesarle, ruborizándose, que al principio le habían engañado.

— Pero — le dijo — me he procurado una llave del gabinete de mi tío; he visto por los papeles que he encontrado allí que una *congregación* (o comisión), compuesta de los cardenales y prelados de más autoridad, se reúne en el mayor secreto y delibera sobre la cuestión de saber si conviene juzgar a los carbonarios en Ravena o en Roma. Los nueve carbonarios cogidos en Forli, y su jefe, un tal Missirilli, que ha cometido la tontería de entregarse, están detenidos en este momento en el castillo de San Leo <sup>1</sup>.

Al decir la palabra *tontería*, Vanina pellizcó al príncipe con todas sus fuerzas.

— Yo quiero ver por mí misma — le dijo — los papeles oficiales y entrar con vos en el gabinete de vuestro tío; habréis leído mal.

A estas palabras don Livio se estremeció. Vanina le pedía una cosa casi imposible; pero el genio extraño de esta joven redoblaba su amor. Pocos días después, Vanina, disfrazada de hombre, y llevando un bonito traje-cito con la librea de la casa Savelli, pudo pasar media hora entre los papeles más secretos del ministro de Policía. Tuvo un movimiento de viva alegría cuando descubrió el parte diario del *acusado Pietro Missirilli*. Sus manos temblaban al tener este papel. Al volver a leer este nombre estuvo a punto de encontrarse mal. Al salir del palacio del gobernador de Roma, Vanina permitió a don Livio que la besase.

<sup>1</sup> Cerca de Rimini, en Romaña. En este castillo fué donde pereció el famoso Cagliostro; en el país se dice que fué ahogado.

tada, etc. El ministro de Policía, cuya fortuna estaba hecha (porque no se abandona este sitio más que para tomar el capelo), no tenía ninguna necesidad de cortar manos; al llevar la sentencia al Papa, hizo conmutar por algunos años de prisión la pena de todos los condenados. Sólo fué exceptuado Pietro Missirilli. El ministro veía en este joven a un fanático peligroso, y además Pietro había sido también condenado a muerte como culpable del homicidio, de que hemos hablado, de los dos carabineros. Vanina conoció la sentencia y la conmutación pocos instantes después de que el ministro volviese de ver al Papa.

Al día siguiente, monseñor Catanzara entró en su palacio hacia media noche, y no encontró a su ayuda de cámara; el ministro, sorprendido, llamó varias veces; al fin apareció un viejo criado imbécil: el ministro, impaciente, tomó el partido de desnudarse él mismo. Cerró su puerta con llave; hacía mucho calor: se quitó el traje y lo echó hecho un lío sobre una silla. Este traje, arrojado con demasiada fuerza, pasó por encima de la silla, pegó contra la cortina de muselina de la ventana, y dibujó la forma de un hombre. El ministro se arrojó rápidamente hacia su cama y cogió una pistola. Cuando volvía hacia la ventana, un hombre muy joven, vestido con su librea, se acercó a él con una pistola en la mano. Al verle, el ministro le acercó la pistola a los ojos e iba a dispararla, cuando el joven le dijo riendo:

—Pero qué, monseñor, ¿no reconocéis a Vanina Vanini?

—¿Qué significa esta pesada broma?—replicó el ministro encolerizado.

—Razonemos fríamente—dijo la joven—. Por el pronto, vuestra pistola no está cargada.

El ministro, asombrado, se cercioró del hecho; des-

pués de lo cual sacó un puñal del bolsillo de su chaleco <sup>1</sup>.

Vanina le dijo con un delicioso airecillo de autoridad: —Sentémonos, monseñor.

Y tranquilamente se sentó en un canapé.

—¿Estáis sola, al menos?—dijo el ministro.

—¡Absolutamente sola, os lo juro!—exclamó Vanina.

Lo cual tuvo el ministro cuidado en comprobar: dió la vuelta al cuarto y miró por todas partes; después vino a sentarse en una silla a tres pasos de Vanina.

—¿Qué interés tendré yo—dijo Vanina con aire dulce y tranquilo—en atentar contra la vida de un hombre moderado, que sería probablemente reemplazado por algún hombre débil, pronto de genio, capaz de perderse a sí mismo y a los demás?

—¿Qué queréis, pues, señorita?—dijo el ministro, de mal humor—. Esta escena no me conviene y no debe durar.

—Lo que voy a añadir—continuó Vanina con altivez y olvidando de pronto su gracioso aire—os importa más que a mí. Se quiere que al carbonario Missirilli se le salve la vida: si es ejecutado, no le sobreviviréis una semana. Yo no tengo ningún interés en todo esto; la

<sup>1</sup> Un prelado romano no podría, sin duda, mandar un cuerpo de ejército con bravura, como ha ocurrido muchas veces a un general de división que era ministro de policía en París, en el momento de la tentativa de Mallet; pero jamás se dejaría arrestar tan sencillamente en su casa. Le temería demasiado a las bromas de sus colegas. Un romano que sabe que se le odia va siempre bien armado. No hemos creído necesario justificar otras muchas pequeñas diferencias entre las maneras de obrar y de hablar de Roma y de París. Lejos de disminuir estas diferencias, hemos creído deber escribirlas atrevidamente. Los romanos que pintamos no tienen el honor de ser franceses.

locura de que os quejáis la he cometido, primero, para divertirme; y luego, para servir a una de mis amigas. He querido—continuó Vanina volviendo a tomar su aire amable—, he querido prestar servicio a un hombre de valer, que pronto será mi tío, y que debe llevar lejos, a lo que parece, la fortuna de su casa.

El ministro abandonó su aire enfadado. La belleza de Vanina contribuyó, sin duda, a este rápido cambio. Era conocida en Roma la afición de monseñor Catanzara por las mujeres bonitas, y, en su disfraz de lacayo de la casa Savelli, con medias de seda bien estiradas, una chaqueta roja, el trajecito azul celeste galoneado de plata, y la pistola en la mano, Vanina estaba encantadora.

—Mi futura sobrina—dijo el ministro casi riendo—: cometéis una gran locura, y no será ésta la última.

—Espero que un personaje tan prudente—respondió Vanina—me guardará el secreto, sobre todo con don Livio, y para comprometeros a ello, querido tío, si me concedéis la vida del protegido de mi amiga, os daré un beso.

Continuando la conversación en este tono medio en broma con que las damas romanas saben tratar los asuntos de más importancia, Vanina llegó a darle a esta entrevista, comenzada con la pistola en la mano, el aire de una visita hecha por la joven princesa Savelli a su tío el gobernador de Roma.

Bien pronto monseñor Catanzara, apartando con altivez la idea de dejarse imponer por el miedo, empezó a contar a su sobrina todas las dificultades que encontraría para salvar la vida de Missirilli. Discutiendo el ministro se paseaba por el cuarto con Vanina; tomó una garrafa de limonada que había sobre la chimenea y llenó un vaso de cristal. En el momento en que iba a llevarlo a sus labios, Vanina se apoderó de él, y, después de haberlo tenido algún tiempo, lo dejó caer en el jardín

como por distracción. Un instante después el ministro tomó una pastilla de chocolate de una bombonera. Vanina se la quitó y le dijo riendo:

—Tened cuidado: todo está aquí envenenado, porque deseaba vuestra muerte. Yo soy la que he obtenido la gracia para mi futuro tío, a fin de no entrar en la familia Savelli con las manos vacías por completo.

Monseñor Catanzara, muy sorprendido, dió las gracias a su sobrina, y otorgó grandes esperanzas por la vida de Missirilli.

—¡Nuestro trato está hecho!—exclamó Vanina—, y la prueba es que aquí tenéis la recompensa—dijo besándole.

El ministro tomó la recompensa.

—Es preciso que sepáis, querida Vanina—añadió—, que a mí no me gusta la sangre. Además, soy joven todavía, aunque os parezca quizás muy viejo, y puedo vivir en una época en que manchará la sangre vertida hoy.

Daban las dos cuando monseñor Catanzara condujo a Vanina a la puertecilla de su jardín.

Dos días después, cuando el ministro pareció ante el Papa, bastante azorado con el paso que tenía que dar, Su Santidad le dijo:

—Ante todo, tengo una gracia que pediros. Uno de los carbonarios de Forli ha quedado condenado a muerte; esta idea me impide dormir: hay que salvar a ese hombre.

El ministro, al ver que el Papa había tomado su partido, hizo muchas objeciones, y acabó por escribir un decreto o *motu proprio*, que, contra la costumbre, firmó el Papa.

Vanina había pensado que quizás obtendría la gracia de su amante, pero que se trataría de envenenarle. Desde la víspera, Missirilli había recibido de su confesor,

el abate Cari, algunos paquetitos de galletas, con la advertencia de no tocar a los alimentos suministrados por el Estado.

Habiendo sabido después Vanina que los carbonarios de Forli iban a ser trasladados al castillo de San Leo, quiso tratar de ver a Missirilli a su paso por Citta-Castellana. Llegó a esta ciudad veinticuatro horas antes que los prisioneros; encontró allí al abate Cari, que la había precedido muchos días antes. Había obtenido del carcelero que Missirilli pudiese oír la misa, a media noche, en la capilla de la prisión. Se llegó a más: si Missirilli quería consentir en dejarse atar de brazos y piernas con una cadena, el carcelero se retiraría hacia la puerta de la capilla, de manera que no perdiese de vista al prisionero, de quien era responsable, pero sin poder oír lo que dijera.

Al fin amaneció el día que debía decidir de la suerte de Vanina. Desde la mañana, la princesa se encerró en la capilla de la prisión. ¿Quién podría decir los pensamientos que la agitaron durante este largo día? ¿La amaba bastante Missirilli para perdonarla? Ella había denunciado su *venta*, pero le había salvado la vida. Cuando la razón imperaba en este alma atormentada, Vanina esperaba que él consentiría en abandonar a Italia con ella: si ella había pecado, era por exceso de amor. Cuando daban las cuatro oyó a lo lejos, sobre el empedrado, los pasos de los caballos de los carabineros. El ruido de cada uno de estos pasos parecía repercutir en su corazón. Pronto distinguió la rodadura de las carretas que transportaban a los prisioneros. Pasaron por la plazoleta delante de la prisión; Vanina vió a dos carabineros levantar a Missirilli, que iba solo en una carreta, y tan cargado de cadenas que no podía moverse.

—¡Al menos vive—dijo para sí con las lágrimas en los ojos—; aun no le han envenenadol

La noche fué terrible; sólo la lámpara del altar, colocada a una gran altura, y para la que el carcelero ahorra el aceite, alumbraba esta sombría capilla. Los ojos de Vanina erraban sobre las tumbas de algunos grandes señores de la Edad Media muertos en la vecina prisión. Sus estatuas tenían un aire feroz.

Todos los ruidos habían cesado desde hacía largo tiempo; Vanina estaba absorta en sus negros pensamientos. Un poco después de la media noche, le pareció oír un ligero ruido, como el vuelo de un murciélago. Quiso andar, y cayó medio desmayada sobre la balaustrada del altar. En el mismo instante, dos fantasmas se encontraron a su lado, sin que ella les hubiese oído llegar: eran el carcelero y Missirilli, tan cargado de cadenas, que parecía que estaba fajado. El carcelero abrió una linterna que puso sobre la balaustrada del altar, al lado de Vanina, de modo que él pudiese ver bien a su prisionero. En seguida se retiró al fondo, cerca de la puerta. Apenas se hubo alejado el carcelero, Vanina se precipitó al cuello de Missirilli. Al apretarle entre sus brazos, sólo sintió las cadenas frías y puntiagudas. ¿Quién le ha puesto estas cadenas?—pensó—. No experimentó ningún placer en abrazar a su amante. A este dolor sucedió otro más punzante; creyó por un instante que Missirilli conocía su crimen: tan fría fué su acogida.

—Querida amiga—le dijo al fin—, siento el amor que habéis tomado por mí; en vano busco los méritos que hayan podido inspirároslo. Creedme: volvamos a sentimientos más cristianos, olvidemos las ilusiones que nos extraviaron antaño; yo no puedo perteneceros. La constante desgracia que ha perseguido a mis empresas quizás venga del estado de pecado mortal en que me he encontrado constantemente. Aun sólo escuchando los consejos de la prudencia humana, ¿por qué no fuí dete-

nido con mis amigos en la fatal noche de Forlì? ¿Por qué no me encontraba en mi puesto en el momento del peligro? ¿Por qué pudo mi ausencia autorizar las más crueles sospechas? Yo tenía otra pasión que no era la de la libertad de Italia.

Vanina no volvía de la sorpresa que le causaba el cambio de Missirilli. Sin haber adelgazado considerablemente, parecía tener treinta años. Vanina atribuyó este cambio a los malos tratamientos que había sufrido en la prisión y se deshizo en lágrimas.

—¡Ah!—le dijo—, los carceleros habían prometido tanto que te tratarían con bondad...

El hecho es que a la proximidad de la muerte, todos los principios religiosos que podían conciliarse con su pasión por la libertad de Italia habían vuelto a aparecer en el corazón del joven carbonario. Poco a poco Vanina se apercibió de que el sorprendente cambio que observaba en su amante era completamente moral, y de ningún modo el efecto de malos tratamientos físicos. Su dolor, que ella creía en su máximo, se aumentó aún todavía.

Missirilli se callaba; Vanina parecía a punto de ser ahogada por las lágrimas. Missirilli añadió con un aire también un poco conmovido:

—Si yo amase alguna cosa sobre la tierra, sería a vos, Vanina; pero gracias a Dios, no tengo más que un solo fin en mi vida: moriré en prisión o tratando de dar la libertad a Italia.

Aun hubo un silencio; evidentemente, Vanina no podía hablar; lo intentó en vano. Missirilli añadió:

—El deber es cruel, amiga mía; pero si hubiese poca dificultad en cumplirlo, ¿dónde estaría el heroísmo? Dadme vuestra palabra de que no trataréis más de verme.

En lo que su cadena bastante apretada le permitía,

hizo un pequeño movimiento con la mano y tendió los dedos a Vanina.

—Si permitís un consejo a un hombre que os fué querido, casaos juiciosamente con el hombre de mérito que vuestro padre os destina. No hacedle ninguna desagradable confianza; pero, por otro lado, no tratad nunca de volverme a ver; seamos desde ahora extraños el uno al otro. Habéis adelantado una suma considerable por el servicio de la patria; si ésta alguna vez se liberta de sus tiranos, os será fielmente pagada esta suma en bienes nacionales.

Vanina estaba aterrada. Mientras le hablaba, los ojos de Pietro sólo habían brillado en el momento de nombrar a la *patria*.

Al fin el orgullo vino en ayuda de la joven princesa; se había provisto de diamantes y de pequeñas limas. Sin responder a Missirilli, se los ofreció.

—Acepto por deber—le dijo—, porque debo hacer por escaparme; pero no os volveré a ver nunca, lo juro en presencia de vuestros nuevos beneficios. Adiós, Vanina; prometedme no escribir nunca, no tratar nunca de verme; abandonadme por completo a la patria; estoy muerto para vos: adiós.

—No—respondió Vanina furiosa—; quiero que sepas lo que yo he hecho, llevada por el amor que te tenía.

Vanina entonces le contó todas sus diligencias desde el momento en que Missirilli había abandonado el castillo de San Nicolo, para ir a entregarse al legado. Cuando terminó esa narración, dijo Vanina:

—Todo eso no es nada. Yo he hecho más por amor a ti.

Entonces le dijo su traición.

—¡Ah!, monstruo—exclamó Pietro furioso, echándose sobre ella y tratando de matarla con sus cadenas.